

Saúl Hurtado Heras

para Flavio Heras Velázquez

Decían que me parecía a mi abuelita. Mi abuelita se llamaba Demecia Mancilla y por eso a mí me decían Mamá Mecha. Yo me la creía y por eso yo misma me hacía llamar Mamá Mecha: “¡Velia, ven a ver. Mamá Mecha está cosiendo!”. Así le grité a mi tía Evelia para que fuera a verme coser con sus hilos y agujas. Pero sólo provoqué su enojo cuando vio el enredijo de hilos que había hecho con los bordados que la gente le encargaba.

Mi infancia transcurrió en las condiciones lógicas de una familia de diez hijos, formada por campesinos originarios de Llano Grande, Estado de México, sin casa ni terreno propios. Al casarse, mis padres buscaron con insistencia, en el estado de Morelos, un lugar donde residir permanentemente.

Como quien no termina de ponerse de acuerdo en cómo debería comenzar una historia, vivimos en Anenecuilco, en Tepetzingo, en Yautepec y en Tlaltizapán hasta que, finalmente, mis papás decidieron radicar de manera definitiva en Temilpa Viejo. Aquí nacieron mis hermanos más pequeños. Por eso, nuestra historia ha estado marcada por los acontecimientos que giran en torno a este pueblo morelense. Mis padres, sepultados desde hace años en el panteón de Tlaltizapán, fueron los primeros muertos que nuestra familia vino aquí a llorar. Pero ahora está más que arraigada nuestra existencia

en esta región. He visto morir a dos de mis hermanos; he succionado la esencia de este lugar del que ahora yo soy parte. Ni mi vida ni mis creencias podrían concebirse sin lo que este pueblo representa actualmente para mí.

Nuestra existencia se hizo en el campo, porque el campo fue el principal sustento de nuestra familia. Mi padre anduvo de un lado a otro buscando dónde sembrar porque no contaba con terreno propio. Evidentemente, buena parte del producto de la cosecha se reservaba para la renta de terrenos de cultivo. Mis hermanas y yo debimos ayudar varias veces en las labores agrícolas. Otras más, íbamos a recoger leña al cerro; sólo nosotras, porque nuestro hermano Martín, el único varón entonces, tenía que apoyar a mi padre en el campo.

Por si nuestra extrema pobreza no fuera suficiente para describir el clima penoso y bochornoso en el que vivíamos, habría que agregar las condiciones insalubres que prevalecían en el lugar. Entonces, proliferaban muchas plagas que ponían en serios aprietos nuestra salud y nuestra existencia: pulgas, chinches, piojos, bichos, niguas... A veces, mi mamá no se daba abasto quitándonos los piojos a todas sus hijas. Repetidamente, yo atestiguaba, aterrada, cómo mi hermana, que dormía a mi lado, se daba *rascones* desesperados en la cabeza. Se quejaba dormida, porque los piojos ni de nuestro sueño se compadecían. A veces andábamos también con los pies boludos, llenos de niguas. Tantito nos descuidábamos y ya teníamos una huevera de animalitos dentro del cuerpo. Todo esto nos causaba horror y desesperación, pero no teníamos otra opción de vida. Era un problema colectivo que padecieron muchos en el pueblo. Por las noches, nos apretujábamos todos en un cuarto y, a falta de camas, algunos hacíamos nuestro tendido en pleno piso de tierra para pasar la noche (a veces, acompañados de marranitos o pollitos porque, para que no se mojaran, mi mamá los metía en una tina que colocaba en el cuarto donde dormíamos).

Ahora, apenas si puedo creer que haya resistido tanta adversidad. Pareciera como si desde niña hubiera estado predestinada a tanto padecimiento. Primero fue la fiebre reumática (resultado de los constantes malestares de anginas que padecí desde niña), cuyo desenlace final fue haber sido sometida a dos cirugías del corazón. Pero aquí estoy viva todavía, a veinticinco años de aquella primera operación.

Toda mi vida ha transcurrido prácticamente en la sencillez y la tranquilidad de este pueblo. Apenas si podría jactarme de conocer otros lugares, a los que he ido casi de manera fugaz. Mi existencia se reduce a este pueblo, que conserva en su memoria los momentos más significativos de mi historia personal. Aquí transcurrió mi infancia, en condiciones de excesivas carencias materiales.

De mis padres heredé mi fe en Dios. Ellos nunca renegaron de él, ni siquiera en las condiciones más desafortunadas; al contrario, siempre le agradecieron la vida y los hijos que les había dado. Hubo ocasiones, sí, en que sentíamos como si Dios se hubiera olvidado de nosotros, porque no

hacía caso a nuestras peticiones cuando los problemas llegaban como aguacero; pero de inmediato nos convencíamos de que tal vez éramos nosotros los que no sabíamos pedirle.

Por mi parte, agradezco a Dios las bendiciones que siempre he recibido de él. Por él he nacido más de una vez. Sin ninguna exageración, podría decir que he nacido varias veces. Dios me salvó la vida cuando estuve a punto de quedar sepultada entre las pacas que llevaba el carro paquero procedente de Zacatepec quizá rumbo al estado de Puebla.

Eso sucedió una noche de enero de 1969, a muy pocos días del nacimiento de mi penúltimo hijo. Aquel día estaba a punto de salir de mi casa para ir a lo largo de la carretera. Cuando salí, frente a mí pasaron dos jóvenes cuyos nombres muy pocos quizá recuerdan. Uno de ellos era Genaro Salgado Alarcón y el otro, Lázaro Sotelo Batalla. Ellos venían de ver la televisión, una de las escasas televisiones que ya existían en Temilpa Viejo por aquellos tiempos.

Las televisiones podían, literalmente, contarse con los dedos de una mano. Como muy pocos tenían, los que carecían de ella buscaban la manera de verla en la casa del vecino o en la casa del amigo, y éste era el caso de esos jóvenes que venían de ver la televisión de la parte baja del pueblo y que se dirigían a sus casas, situadas en la parte alta de Temilpa. Al verlos, decidí emparejarme en su camino, porque ya estaba oscuro y yo llevaba más o menos la misma ruta. Caminaba, platicando con ellos; pero, pocos metros adelante, tuve que regresarme: mi esposo me mandaba decir que regresara porque ya era noche. Genaro y Lázaro siguieron de largo.

Unos metros adelante estaba la curva de la escuela primaria, la peligrosa curva que hace años provocó distintos accidentes automovilísticos y que hasta algunas vidas cobró. Esa curva, situada aproximadamente a unos cien metros de la casa, provocó que el chofer del carro paquero que venía a alta velocidad, como acostumbraban transitar los carros por aquel tiempo (sin topes ni nada que les detuviera), perdiera el control del vehículo y lo volcara precisamente donde iban esos jóvenes. Las pesadas pacas cayeron sobre esos muchachos de quienes, pocos metros atrás, yo me separé para regresar a casa. Allí perdieron la vida, casi instantáneamente. Yo estaba consternada, estupefacta, con la certeza de haber salvado la vida milagrosamente gracias al imprevisto que me hizo regresar. De haber fallecido, el destino de mis hijos seguramente habría sido muy diferente del que ahora tienen.

A Dios bendigo porque él fue quien me salvó. Pero no fue la única ocasión: en abril de 1980 fui sometida a la primera cirugía del corazón, por problemas con la válvula mitral. Aquella primera vez, cuando ingresé al quirófano, ya iba completamente sedada. La segunda vez, en febrero de 1998, fue algo distinto: al quirófano entré en mis cinco sentidos, y los médicos, muy amables, platicaban conmigo mientras preparaban todo. Me preguntaron que si creía en Dios y yo les contesté que sí: "Encomiéndese a Dios, entonces. Hable con él en este momento. Pídale que nos ayude. Pídale que todo salga bien",

me dijeron ellos, y yo me entregué por completo a Dios. Yo estaba enterada de los riesgos de esta nueva cirugía: el médico responsable me había advertido que sólo había un veinte por ciento de probabilidades de éxito en la operación. No tenía, sin embargo, otra alternativa y por eso acepté que se me practicara de nueva cuenta.

Varias horas después, todavía en el sopor de la anestesia, escuchaba, como entre sueños, que una enfermera le decía a uno de mis hijos: “Hablen con ella, no dejen que se duerma; platíquenle. No la dejen dormir, que se dé cuenta de que está aquí”. Más tarde, completamente vuelta a la realidad, pero todavía en Terapia Intensiva, pude ver desfilar a mis hijos y a mis hijas, uno tras otro. Tenía muchas ganas de llorar. Era indescriptible la emoción de volver a verlos.

Convencida estoy de que en mi destino siempre ha estado presente la mano de Dios. Pero, además —también de eso estoy convencida—, mi suerte ha estado forjada por mi tesón y mi perseverancia para hacer del enfrentamiento a la adversidad una forma de vida. Una de mis mayores satisfacciones está, precisamente, en la familia que he forjado. Con esa satisfacción miro el pasado complacida, con el orgullo, con la tranquilidad y la paz de quien sabe que el presente es resultado de todo un esfuerzo empeñado contra la adversidad, para no ser devorada por el monstruo de la indolencia. La perseverancia fue la fórmula para hacer de mi vida, y la de mi familia, el presente que ahora vivimos.

Hay algo que me tiene absolutamente satisfecha: mis hijos reconocen que mi esfuerzo valió la pena. El extenuante trabajo de todo el día que le ofrecí al balneario El Rollo, en Tlaquiltenango, durante tantos años, a cambio de un pago nada envidiable, tiene ahora su recompensa. En aquella época, yo decidí trabajar para hacerme cargo de mi familia. Hubo temporadas en que trabajé semanas enteras, sin descanso. Para mí, representó un esfuerzo redoblado porque significaba despertar muy temprano para dejarles preparado lo necesario a mis hijos antes de salir a trabajar. Casi siempre llegaba corriendo al trabajo, y éste se prolongaba hasta la noche. Más aún: la jornada continuaba al regresar del balneario, porque, agotada, llegaba a la casa a atender lo no atendido durante el día o a preparar lo que se pudiera para el día siguiente.

Por si eso fuera poco, todas las noches, de lunes a viernes, había que ir a esperar a Silvia, mi hija mayor, que regresaba de Yautepec, donde estudiaba la normal. Ella regresaba ya noche, y nosotros íbamos en bola a esperarla a la parada del Escape. Tan pronto bajaba del autobús, regresábamos a la casa por lo largo de la carretera, que separa más o menos por un kilómetro al Escape de Temilpa Viejo. El Escape era entonces un paraje solitario, escasamente habitado. Allí ni siquiera llegaba la luz eléctrica. Había quienes creían que ahí se aparecía el diablo, y que en el *apanche* que atraviesa la carretera bañaban o revolcaban a los parranderos cuando menos se lo esperaban.

No es fácil imaginar estas condiciones en el seno de una familia de ocho hijos, de quienes tuve que hacerme cargo durante todo ese tiempo por los frecuentes problemas que tenía con mi esposo, el padre de todos ellos, de quien finalmente decidí separarme. Estos ocho hijos constituyen mi más grande preocupación y mi más grande satisfacción; por ellos, decidí regresar a trabajar unos años más al balneario después de la primera operación. No tuve otra cosa que ofrecerles más que todo mi esfuerzo. Pero eso ha quedado atrás, y yo espero que todos mis hijos comprendan, como parece que lo han comprendido ya, que mi más grande ambición era ofrecerles las condiciones para que pudieran estudiar. Antes, ésa también había sido mi ambición: yo hubiera deseado ser maestra o enfermera; pero muy poco podía esperar si ni siquiera la primaria concluí, debido a las carencias económicas de mis padres.

No tengo ningún afán de negar que le temo a la muerte. Probado está que el temor a la muerte es un sentimiento ancestral de los seres humanos. No le temen quienes no aprecian su vida. Para mí, cada oportunidad de continuar en este mundo ha sido uno de mis mayores retos. Cada vez que la adversidad o las circunstancias de mi cuerpo hacían riesgosa mi existencia, mi fe y mi deseo de vida se han sobrepuesto. Porque me ha costado, porque sé lo que representa en mi existencia, por eso le temo a la muerte. Por lo demás, ante lo inevitable me queda una esperanza: conocer a Dios, unirme a él en el momento de mi muerte; mirarlo y agradecerle el que me haya colmado de tantas bendiciones; rogarle, además, por la salud y la estabilidad de mis hijos y mis hijas, porque no a todos les favorece el presente. Algunos, inmerecidamente, creo, están con severos problemas de familia y de salud.

Yo, Juana Heras Velázquez, hija de don Nicolás Heras González y de doña Columba Velázquez Mancilla, nací el 8 de marzo de 1941. A mis 65 años, no obstante que me siento desecha y destruida por la adversidad que marcó mi existencia desde mi infancia, aquí estoy, con mi vida y mis ocho hijos, que son el regalo más maravilloso que Dios me dio. Vivo en este rinconcito morelense en el que, más que aire puro, se respira la tranquilidad y el deseo de comunión con Dios; en este rinconcito en el que el verdor de los cañaverales pareciera renovar, con su suavidad, la ambición de transformar las más despreciables acciones humanas en actos que enaltezcan perennemente nuestra existencia.